

Ahora bien, tanto en el primero, como en la segunda, el uso de los baños era ordinario y frecuente, nos parece, pues, que tiene visos de mucha probabilidad, que los romanos hayan comenzado á usarlos, en una época anterior á la de Pompeyo, y que desde entonces hayan ido paulatinamente y cada vez mas multiplicándose. Con efecto, nos refiere el mismo autor, que Agripa, yerno de Augusto, y casi contemporáneo de Pompeyo, mandó edificar setenta baños nuevos; que los emperadores, que siguieron á aquel César, mandaron edificar otros muchos, y que su número, andando el tiempo, llegó á ser infinito (1). Dion Casio dice en su historia, que el primero, que estableció baños públicos en Roma, fué el célebre Mecenas, ministro de Augusto, y pasa por alto el nombre de Agripa; lo que nos da á conocer que nada hay de mas dudoso que el principio de las cosas. Pero sea como fuere, lo cierto es que Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano y otros emperadores, no contentándose con emplear los mármoles mas preciosos en los grandes edificios destinados para baños, concurrían á esos establecimientos públicos sin pompa ni aparato, y tan solo para tener la satisfaccion y el gusto de bañarse como particulares con todos los demás ciudadanos (2).

En todos los baños de la antigua Roma habia una multitud de salas, cuyos nombres y cuyo uso nos parece muy del caso apuntar en estas columnas.

Una de las mas grandes, era el *apodyterium*, palabra griega, que significa desnudez, porque en esa sala depositaban los vestidos los que iban á entrar en el baño. Luego habia el *frigidarium*, ó sala de baños frios, tan espaciosos y grandes, que se podia nadar en ellos, como en un pequeño mar ó en un lago. El *tepidarium* era una sala ligeramente caldeada, á fin de que los que salían del baño, bien fuese frio ó caliente, descansaran en ella, no solo para evitar la impresion molesta, que ocasiona un pasaje rápido del calor al frio, sino tambien para preservarse de alguna grave enfermedad, originada por la misma causa. Los baños, *caldarium*, *sudatorium* y *laconicum*, que solían confundirse y ser considerados como un solo género de baños, Julio Rouyer, en su excelente obra, titulada: *Estudios medicinales sobre la antigua Roma*, les clasifica en los términos siguientes. «Aplicábase el primer nombre á los baños «de agua caliente, y el segundo á los de vapor, cuya descripción nos ha dejado Vitruvio en esta forma:—En una «de las estrechuras de una espaciosa sala habia una cuba «de la cual salían densos vapores, que mediante una válvula podían disminuirse ó acrecentar. El edificio era casi redondo y estaba todo cubierto, á fin de que el calor se esparciera por todos los lados.» El baño *laconico*, que llevaba este nombre por haberlo inventado los lacedemonios, se diferenciaba del de vapor mas bien por su aparato, que por sus particularidades. Este baño consistia en provocar únicamente un sudor muy saludable. Entrábase en una sala, que tenia dos techos, uno mas elevado que otro, y sostenidos entrambos por una multitud de columnas. En el vacío, que dejaban los techos, habia un gran hornillo, llamado *hypocaustum* (3), el cual calentaba toda la sala en términos, que hacia sudar copiosamente á los que gustaban

con preferencia de este baño mucho mas sencillo que todos los demás.

Los baños en la antigua Roma, fueron un objeto de diversion y mucho lujo. Con efecto sabemos que en los de primer orden habia aposentos, llamados *Uditorium*, en donde iban á perfumarse con esencias olorosas los que salían del baño; habia salas espaciosas en que los concurrentes se ejercitaban en la gimnastica; y habia otras en que retores y filósofos discutían sobre serios argumentos, y en que muchos vates recitaban sus nuevas producciones, como nos ha dejado escrito Horacio en estos versos, que ponemos á continuacion, traducidos al castellano por Burgos.

En la plaza importuno

Este sus obras lee, otro en el baño,

Porque mejor allí la voz resuena (1).

En esas salas se fijaban tambien los programas de los Juegos del Circo, los anuncios de las ventas y de los grandes espectáculos públicos, y otros anuncios y programas de obras literarias recientemente dadas á luz.

En algunos baños, amueblados con gala, y que respiraban lujo, habia galerías de cuadros y esculturas. Con efecto, el famoso grupo del Laocoonte se encontró en las ruinas de las termas de Tito; y el Hércules, el Toro Farnesio y los dos Gladiadores pertenecían á los baños de Caracalla.

Pero todo degenera en las manos del hombre, y la mucha corrupcion de las costumbres convierte en vicio hasta las instituciones mas inocentes y sencillas; los baños públicos, pues, de la antigua Roma llegaron á convertirse en lugares de horrendas obscenidades y prostitucion, como nos lo han dejado escrito Amiano Marcelino en el libro XXXIII de sus Historias, y Baldasar Bonifacio Rodigino en el libro III, de su *Historia Ludica*, escrita en el armonioso idioma del Lacio.

En la Edad media el uso de los baños no fué muy frecuente en Europa; pero á fines del siglo pasado tomó mucho incremento, y hoy que forma parte de una educacion esmerada y noble: siguen tambien la volubilidad é inconstancia de la moda. Con efecto no solo tenemos baños de agua clara, calientes ó frios, sino que tenemos tambien baños aromáticos de diversas especies, y ademas baños, que llevan el nombre de rusos ó holandeses.

La hidropatía la conocieron los antiguos; pero nosotros la hemos perfeccionado en términos, que en esta época se la considera como una parte integrante de la medicina moderna.

SALVADOR COSTANZO.

LOS BOERES.

V.

LA RELACION DEL MISIONERO.

Unos quince dias despues de la conversacion que acabamos de referir, las carretas de un *trader* Gralramstram, llamado Stolberg, se detuvieron delante de la puerta de Marydom. El *trader* entró en el patio con un hombre vestido de negro, cuya fisonomia revelaba grandes fatigas y crueles sufrimientos.

(1) V. Horacio lib. 1.º de las Sátiras, sat. IV. V. 74 y sig.

(1) V. Plinio, Hist. Nat., lib. XXXVI, cap. 24.

(2) V. Noel, *Diccionario de orígenes, invenciones y descubrimientos* (en francés).

(3) Esta palabra griega, adoptada por los latinos, y que se deriva de un vocablo del mismo idioma helénico, significa cosa que inflama, quema ó calienta; y así los griegos como los latinos la aplicaron á las estufas y á los hornillos.

—Aquí está Marydom, dijo Stolberg, mostrando á su compañero de viaje al boër que los miraba con aire de sorpresa.

El desconocido descendió.

—Caballero, le preguntó con voz temblona; ¿no habeis venido el año último á Bergendorp para reclamar investigaciones acerca de un misionero llamado Guillermo Daring?

—Sí, señor.

—Pues bien, yo soy Guillermo Daring. ¿Es cierto que mi pobre Ana vive todavía?

—Sí, señor. Reside á algunas millas de aquí, en casa de unos honrados jóvenes que la salvaron de la muerte y que la tratan como á una hermana.

—¡Qué Dios se lo recompense! exclamó Mr. Daring juntando las manos, y que os bendiga á vos y á vuestra mujer por los cuidados que habeis desplegado en favor de esa pobre niña. Ahora, adios, dijo, y gracias por todo.

—¿Dónde vais?

—A reunirme á mi sobrina.

—Pero vos no os encontráis en disposicion de hacer el viaje á pié. Yo daré órdenes para que enganchen en seguida mi carreta mas ligera. Mi mujer os acompañará. Nosotros queremos mucho á Ana, como si fuese nuestra propia hija.

¡Ah! si los hijos de Gregorio hubiesen querido.....

—¿Habeis dicho Gregorio? interrumpió Mr. Daring.

—Sí, es el nombre de su abuelo.



La habitacion de Koudouvley.

—¿Qué edad tienen los jóvenes?

—Casi la misma edad..... unos veinte y dos años.

—¿Habeis conocido á Gregorio?

—Era un anciano de larga barba, de facciones feroces.

—El mismo. ¿No tenia una cicatriz?

—En la mejilla derecha precisamente.

—Y ¿estais cierto que los dos jóvenes son hermanos? El anciano no hizo ninguna revelacion en el momento de su muerte?

—¡Esperad! exclamó Marydom, sí... sí... ya me acuerdo...

Y repitió lo que Piet y Hendrick le habian dicho algunas veces acerca de las extravagancias de su abuelo.

—¡Bendito sea Dios que me ha conducido aquí! exclamó Mr. Daring. Partamos sobre la marcha.

Un instante despues ambos se encontraban en el camino que conduce á Koudouvley, y el misionero, con una voz conmovida, referia su historia á su digno compañero.

En 1838, cuando los boëres emigrantes, bajo el mando de Relief, fueron traidoramente atacados por los soldados de Dingaan, algunos desgraciados, que se libertaron milagrosamente del degüello, procuraron llegar á la parte habitada de la colonia; pero privados de sus carretas y de sus animales, sin viveres y sin armas sucumbieron en su mayor parte.

En uno de estos viajes á los cuales le impulsaba el celo de las misiones, Mr. Daring encontró cerca de una fuente á una desgraciada mujer de origen holandés, que acababa de lanzar el último suspiro. Cerca de ella se agitaba un niño de algunos meses, casi muerto de frío y de hambre; mister Daring sepultó piadosamente á la madre, y entregó el niño á Mistris Daring; ésta le recibió como una bendición del cielo, y le educó al mismo tiempo que á su propio hijo, que tenía precisamente la misma edad que el pequeño holandés.

Algunas semanas despues una partida de los boëres atravesó la aldea de Regendorp que habitaban los Daring. Este día se encontraba ausente el misionero. Su esposa habia ido á visitar á los enfermos á algunas millas de distancia.

No faltó una persena que dijo á los boëres, que en este momento habia en Regendorp un niño de origen holandés, recogido algunos días antes del lado de una mujer asesinada. Un viejo boër preguntó al momento donde se encontraba ese niño, y le condujeron á casa de Mr. Daring. Allí encontró á los dos niños acostados en una misma cuna. En el mismo instante se oyó á lo lejos el ruido de las trompetas de un destacamento de caballeria inglesa que venia en socorro de los habitantes de Regendorp. Obligado á batirse en retirada, y no sabiendo cual de los dos niños era el que busca' a, el boër se llevó á los dos. Cuando Mistr. Daring regresó á Regendorp y supo la desgracia que acababa de sucederle, casi perdió la razon. En cuanto al misionero se entregó á todo género de investigaciones para encontrar á su desgraciado hijo; pero todo fué inútil. Los diez ó



La venganza de un bechuana.

doce mil individuos que componian la banda de Relief se dispersaron por todas partes, y en su mayor número se habian ocultado en los sitios mas inhabitados del país y entre las tribus salvajes.

Hubo un instante en que Mr. Daring esperó que nuevos deberes iban á distraer á su mujer de un dolor que ella creia eterno. Una de sus hermanas murió, la que le dejó el cuidado de vigilar sobre una hija. Esta niña era Ana.

La pobre madre se propuso amar á esta pobre niña que Dios la habia enviado como para que reemplazase á aquella que habia perdido. Pero el golpe que recibió fué tan duro que algunos años despues espiró mas por el dolor que por la enfermedad que la aquejaba.

El misionero quedó, pues, solo con su sobrina, y renunció á la esperanza de encontrar á su hijo, cuando un trader

le habló un día de Hans Gregorio y de los dos jóvenes de una misma edad que vivian en su compañía. Mr. Daring creyó que se hallaba en vias de encontrar á su hijo y partió con Ana para proseguir sus investigaciones.

Tomó por guía á un joven bechuana que regresaba á su país y hablaba un poco el inglés; pero este habia formado el proyecto de apropiarse las armas y el dinero del misionero, y con este intento procuró que la barca zozobrase en medio del rio.

Mientras Piet y Hendrick creian al europeo sepultado para siempre bajo las aguas, Mr. Daring logró encaramarse al bajel, y la corriente le arrastró á una gran distancia. Recogido entonces por tribus nómadas, fué conducido al interior, reducido á la mas dura esclavitud y no pudo escaparse sino despues de algunos años.

En fin, de regreso de Regendorp, supo la visita de Marydom, y de una niña, en la cual creyó ver á su sobrina. Entonces, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para descansar, partió para Koudouvley con el primer *trader* que pasó por las cercanías.

Durante la relación del misionero, los caballos de Marydom caminaban, y se aproximaban rápidamente á Koudouvley.

VI.

En la mañana del mismo día, uno de los criados de la habitación vino á decir á Piet, que aquella noche habían envenenado á cinco de sus mejores caballos. Era la cuarta vez que se repetía la misma cosa, sin que jamás se pudiera descubrir á los autores de estos crímenes. Piet furioso cogió una escopeta de doble tiro, un cuchillo de monte y partió á galope. En el momento en que llegaba al abrevadero cerca del cual estaban los caballos muertos, uno de los perros que le acompañaban se dirigió hacia un matarral ladrando con furor.

Piet echó pié á tierra, preparó su escopeta, pero en lugar de la fiera que esperaba encontrar, descubrió un hombre oculto en el tronco de un árbol en medio de un matarral.

Este hombre era un viejo salvaje de la tribu de los bakonainos, que llevaba en el cuello diferentes adornos, signos misteriosos que distinguen á los hechiceros ó *médicos de las aguas*. Su retrato correspondía perfectamente al del individuo que Ana había visto rondar por la habitación la víspera del incendio. Habiendo Piet cogido al bakonaino por el pescuezo, y preparándose á romperle la cabeza, éste le dijo en voz baja:

—Déjame la vida y te revelaré un secreto que pagarias con tu sangre.

Piet se encogió de hombros.

—Se trata de miss Ana y de tu hermano, añadió el salvaje.

—¿Qué quieres decirme? exclamó Piet.

—Prométeme la vida y lo sabrás todo.

—¿Hablarás, pícaro?

—Te engañan, Piet Gregorio. La flor de Koudouvley no es para ti; ella se mofa de tu amor. Otro es el preferido.

—¿Mientes! exclamó Piet, ¿a quién te refieres?

—A tu hermano Hendrick.

—¿Hendrick!

—Ambos son jóvenes y bellos. Se aman y se mofan de ti.

—¿Si tu dijese la verdad!...

Al mismo tiempo Piet cogió al salvaje, le montó en su caballo, y algunos segundos después, el boër y su prisionero galopaban hacia Koudouvley.

Precisamente en este instante Hendrick y Ana hablaban respecto á sus venideros proyectos bajo un árbol.

De repente oyeron el galope de un caballo. Un instante después Piet se encontraba en presencia de los dos.

Conducía con violencia al desgraciado bechuana, casi estrangulado. Sin sentirlo quizás, sus crispados dedos habían apretado de tal manera la garganta del hechicero, que cuando soltó al salvaje, éste cayó en tierra como un cadáver.

—¡Piet! exclamó Hendrick, asustado del estado en que veía á su hermano. ¿Qué tienes? ¿por qué?...

—¡Silencio! interrumpió áasperamente el joven boër. ¡Los dos me engañais!

—Hermano mío, yo te juro....

—Tú sabías cuanto yo te amaba, prosiguió Piet dirigiéndose á la joven. Es una cobardía, es una traición. ¿Para qué dejarme creer que consentías en casarte conmigo, si estabas de acuerdo con Hendrick?

Ana quiso explicarle que se había equivocado, pero Piet estaba demasiado irritado para poderla escuchar. Armó su escopeta. Ana se interpuso entre los dos hermanos, cuyo movimiento redobló la furia de Piet.

—Debería mataros á los dos, murmuró con rabia. Toma tu roër, Hendrick, y ven al bosque conmigo.

—¡Un duelo entre nosotros! exclamó Hendrick; entre dos hermanos....

—Aquí no hay hermanos. Defiéndete ó te mato como á un perro.

—Mátame, si quieres, exclamó Hendrick cruzándose de brazos.

—¡Cobardes! exclamó Piet, que asía por el cañón su pesado roër y le levantaba sobre la cabeza de Hendrick.

—Piet, en nombre del cielo, cálmate, escúchame, decía Ana que se lanzaba aturdida en los brazos del boër.

Piet la rechazó tan brutalmente, que hubiera caído de espaldas si Hendrick no la hubiese recibido en sus brazos.

Al verla pálida y casi desmayada, Hendrick perdió el imperio que le había costado tanto trabajo conservar sobre sí mismo y dió un paso hacia su hermano.

En este mismo instante el roër de Piet cayó sobre la cabeza de Hendrick, el cual vino á tierra como una masa lanzando un grito terrible.

—¡Desgraciado! le has muerto, exclamó la joven que se precipitó sobre el cuerpo de su amante.

Al ver á su hermano en tierra, pálido é inanimado, Piet experimentó una súbita reacción que sucedía á su furor. Parecía una estatua.

—¡Hendrick! exclamó al fin; ¡Hendrick! ¡Pobre hermano mío!

Y cayó arrodillado al lado de Ana, la cual se alejó de él horrorizada.

—Hendrick, repitió el joven boër con voz desconsolada y como si hubiese hablado á un niño; ¡Hendrick!

Y lágrimas abundantes corrían por las mejillas de Piet. Quiso coger la mano de su hermano, y Ana se la retiró indignada: procuró resistir; sus ojos estraviados se fijaron sobre la cicatriz que tenía Hendrick en la frente, sobre la cual puso el dedo.

—Por mí recibí esta herida, dijo con el mismo acento dulce y monótono. Era bueno y valiente, y yo le he matado. Yo he matado á mi hermano, y era él únicamente el que me amaba; y yo le amaba también. ¡Hendrick! ¡Hendrick! ¡Hendrick!

Y volvió á coger la mano de su hermano.

En el mismo instante brilló una luz en el follaje.

De un salto Piet cubrió á Hendrick con su cuerpo; una bala le había atravesado el pecho. Cayó cerca del cadáver.

Ana que había hecho el mismo movimiento que Piet, distinguió á cierta distancia al bechuana que contemplaba á los dos boëres con ademán de triunfo. Medio estrangulado por la mano de hierro del joven colono, el hechicero había vuelto en sí poco á poco, y aprovechándose de la pre-ocupación de su enemigo, le había quitado la escopeta y descargádola casi á boca de jarro sobre Piet Gregorio.

Sin embargo, al ruido acudieron varios criados; pero el hechicero, estendiendo la mano hacia ellos, pronunció cier-

tas palabras en un idioma desconocido y todos se apartaron.

—Ya está vengada el alma de mi hijo, dijo el bechuana.

En cuanto á Mistris Daring se encontraba arrodillada al lado de los dos hermanos.

El salvaje iba á retirarse, no huyendo como un criminal sino con paso lento y tranquilo, cuando oyó á lo lejos el ruido de una carreta que llegaba á toda brida. Entonces quiso huir, pero los perros que estaban en el patio se lanzaron sobre él y en un abrir y cerrar de ojos fué despedido.

Marydom y Mr. Daring llegaron en este momento y arrancaron con gran trabajo al desgraciado hechicero de las garras de los perros, y le entregaron en las manos de algunos bechuanas, pero ya era demasiado tarde; el pobre salvaje murió algunas horas despues.

De pronto los recién venidos distinguieron á los dos hermanos tendidos el uno al lado del otro, y sentada sobre la yerba sostenia Ana la cabeza de Hendrick. Aturdido solamente por el golpe que habia recibido, Hendrick acababa de volver al conocimiento y sonreía al lado de su bien amada. A dos pasos de él, algunos criados procuraban reanimar á Piet que perdía mucha sangre.

Mr. Daring corrió hácia su sobrina lanzando un grito de alegría, y los dos se abrazaron con vehemencia; pero otro recuerdo vino á arrancar al misionero la alegría que experimentaba.

—¿Dónde está mi hijo? murmuró. ¿Cuál es de los dos?....

Una angustia terrible le impidió terminar la frase.

Se aproximó á Hendrick, que le miraba con asombro. Tomóle del brazo, y con mano temblorosa levantó la manga del jóven.

—¡Bendito sea Dios! exclamó con alegría profunda; y con el dedo mostraba á Marydom una especie de estrella marcada sobre el hombro del joven boër.

Cuando Hendrick hubo vuelto en sí, Mr. Daring le hizo diferentes preguntas. Las respuestas de Hendrick vinieron á confirmar la certidumbre que Mr. Daring tenia ya de su identidad. Pero el misionero las obtuvo con mucha dificultad, pues Hendrick se encontraba vivamente preocupado con la situación del pobre Piet, cuya herida curaba Marydom. Débil como se sentía, y aunque se creía feliz por haber encontrado á su padre, Hendrick no podia olvidar á su compañero de infancia, al cual habia cuidado tanto tiempo como á su hermano.

Ana y él se arrodillaron cerca de Piet y le tomaron cada uno por una mano.

—¿Me podreis perdonar? murmuraba el pobre jóven con voz apagada.

—¡Con toda mi alma! Te amamos como antes.

—Yo estaba loco; ya lo veis..... yo, que os amaba tanto, que me hubiera dejado matar por cualquiera de vosotros... haber sabido que me engañabais....

—Ya sabes ahora que no era verdad.

—No tengo necesidad de saber nada; Ana, yo me he conducido como un bandido, como un salvaje..... ¡Oh! perdonadme los dos..... Yo seré vuestro criado, vuestro perro; pero no me espulseis; si me fuera preciso vivir lejos de vosotros, quisiera mejor morir.

—Mi buen Piet, hermano querido, murmuró Hendrick estrechando al jóven boër contra su corazón, que derramaba abundantes lágrimas y cuyo cuerpo se hallaba agitado por un temblor convulsivo.

—Vamos, callaos todos, ó vais á provocar en mí la fiebre, dijo Marydom.

Mr. Daring y él, se llevaron al jóven, le desnudaron y le metieron en la cama.

—¡Hendrick! murmuró otra vez.

—Luego, repuso Marydom; dormid y mas tarde nos veremos.

Fué preciso obedecer.

Mientras que Mr. Daring y su hijo se referian sus mútuas aventuras y las de Ana, los criados, que ya no tenían miedo de los sortilegios del bechuana, dijeron á Marydom, que aquel hombre era el padre del guía infiel que habia procurado ahogar á Mr. Daring y á su sobrina, y al que los dos jóvenes boëres habian dado muerte. Este era tambien, el que oculto en los matorrales, habia lanzado á Hendrick la javalina que este último habia oido silbar en sus orejas; él era tambien quien habia incendiado la habitacion y envenenado los animales. El terror que esparcia en su derredor, bastaba á explicar la complicidad aparente de los servidores de Koudouvley y esta larga impunidad.

Dos ó tres dias despues, Hendrick se encontraba completamente restablecido.

Secundados por Mr. Daring, cuyos conocimientos quirúrgicos les fueron muy útiles, Hendrick y Ana, consagraron todo su tiempo en cuidar á Piet, cuya herida habia inspirado en un principio serias inquietudes, pero que se restableció lentamente.

En fin, la robusta y sana constitucion del jóven boër hizo lo demás.

Al cabo de un mes, caminaba apoyado del brazo de Hendrick, hácia el cual profesaba un verdadero culto.

En cuanto á Ana, Piet aseguraba que no la amaba de la misma manera que antes.

—Existirá siempre entre nosotros el espectro de mi pobre hermano, tendido en el suelo y ensangrentado, dijo un dia al viejo Marydom. Puedo desde ahora, quedar já su lado sin peligro.

—¡Hum! murmuró Marydom.

—¿Cómo, hum?

—Falta saber, si durante los primeros dias de su matrimonio, les divertirá ver un tercero entre ellos.

—¿Les estorbo?

—Ellos no lo dirán, porque te aman demasiado, pero lo pensarán.

Piet, no respondió nada y se alejó cabizbajo.

Al dia siguiente buscó á Marydom.

—¿Vais dentro de quince dias á Puerto Natal para la feria?

—Sí.

—¿Queréis llevarme?

—Convenido.

La ausencia de Piet, debia durar dos meses.

Como otros muchos, Piet ocultaba bajo su aspecto brusco y su especie de brutalidad, una profunda necesidad de afecto que no se atrevia á confesarle á sí mismo. Su aventura habia hecho ruido. La hija de un boër de las cercanías se conmovió de lo que la refrieron respecto á Piet.

¿Cómo logró ella que le dieran á conocer á este jóven? Dios lo sabe.

Resultó que la ausencia de Piet se prolongó mas de lo que se habia pensado, y un hermoso dia Hendrick, Ana y Mr. Daring y los Marydom, recibieron una invitacion para asistir al casamiento de Piet Gregorio. Un mes despues de la celebracion, el jóven boër volvió á Koudouvley con sus amigos; Hendrick y él se ocuparon de la construccion de una vasta quinta situada enfrente de la primera, cuyos

edificios llegaron á ser andando el tiempo dos hermosas granjas.

La mujer de Piet no brillaba por su belleza, pero era muy buena y no tardó en vivir en perfecta armonía con Ana; y la misma buena inteligencia reinaba entre Hendrick y Piet, que reconocía el grado de superioridad de Hendrick y la proclamaba en todas las circunstancias.

Ambos matrimonios vivieron felices. Mr. Daring, vivía naturalmente con ellos, y los Marydom pasaban por lo menos tres meses del año en casa de sus amigos.

En diez leguas á la redonda, no se oían mas que elogios de los habitantes de Koudouvley, y en ninguna parte encontró el viajero mejor hospitalidad.

A. DE B.

ESTUDIOS MORALES.

LA VANIDAD.

No queremos censurar en este artículo á la niña de quince años que al mirarse á sus solas en el espejo de su tocador se sonríe, no; esa clase de vanidad es inherente en tal sexo y en tan hermosos años; pero ¿quereis decirme si existe algo mas ridiculo y antipático que ese ser desgraciado á quien le ocupa constantemente la idea de su propia individualidad? Nada hay mas inútil que un hombre vanidoso. No os fatigueis en hablarle de nada serio ó risueño porque mientras pensais que su atención se está amoldando á vuestros raciocinios, observa cuidadosamente y de reojo, el lazo de su corbata, el dije de su reloj y la arruga de su lustrosa bota y cavila en el efecto que sobre vosotros estarán produciendo tan asombrosas obras del arte. El hombre vanidoso al serlo, no solamente da una prueba de ignorancia sino de malísima educacion. Nada hay mas vacío que las cabezas de aquellos que están llenos de sí mismos, ha dicho un escritor inglés. En efecto, el hombre vanidoso, es un átomo que vaga en el espacio, á quien nadie hace caso, por la sencillísima razon de que él se cuida demasiado de sí propio. Al que está atacado de tal enfermedad, no hay mas que dejarle, nada se adelanta con procurar convencerle que no sirve para el caso, porque sobre crearse un constante enemigo, cree que es la envidia y no el buen deseo lo que inspira tales reflexiones. Los que suelen padecer mas generalmente este extravío son los escritores y las mujeres. A los primeros los invade en dos distintos periodos, al empezar á escribir ó cuando se aprenden sus obras de memoria. Los que se hallan en el primer caso, nunca serán buenos escritores; á los que comprende el segundo dejan de serlo desde ese fatal momento, porque á los unos y á los otros siempre les faltará ese noble aliento que humedece la frente del genio, y que se llama *inspiracion*. La inspiración no consiente alianza con ningun sentimiento, necesita campear sola, invadir completamente el alma del escritor, reflejándose luego en la inteligencia sus misteriosos frutos, y como la vanidad es una *lapa*, que una vez adherida al ánimo no se desprende él, de aquí que el númen, el estro ó como se le quiera

llamar, no quiera establecer consorcio con tan estéril sentimiento. No hay que confundir la vanidad con la propia y reservada satisfaccion. Esta última es legitima, es el premio del bien obrar, es la recompensa que damos á nuestra alma, cuando nos ha inspirado una buena accion, cuando nos ha conducido por el mejor camino á un término anhelado, y esta recompensa es ciertamente la que ella agradece mas, pero es callada, misteriosa, nunca tras-pasa los límites del interior: cuando mas, se pinta en los ojos, ó colorea nuestras mejillas, sin que nunca se fije en la boca. ¿Qué objeto consigue el vanidoso? Observadlo: constantemente el contrario del que se propone. Si ya quiere escitar la risa refiriendo un cuento, que en otra boca sería muy gracioso, á la conclusion de él todas las caras permanecen serias; aunque es verdad que él se rie por todos. Si ya quiere arrancar los aplausos del público, presentando una obra en el teatro, le silban ó cuando mas, el público se muestra indiferente, aunque es cierto que él se aplaude por todos. Si quiere escitar la admiracion por el corte elegante de sus trajes y primor en usarlos, consigue únicamente despertar la mofa y el tedio en los que le miran, aunque es muy exacto que él se admira por todos; si ya por sus calaveradas, se califican de tonterías; si por sus desafíos, se le llama maton; si por su escepticismo, majadero; si por sus aventuras amorosas, miserable. Dijimos que en las mujeres se manifiesta tambien la vanidad muy generalmente. Para no ser poco galantes, clasificaremos á las mujeres en los tres estados en que la vanidad puede asomar la cabeza. En las solteras de todas edades se disculpa la vanidad, pues lo mas que las puede suceder es, ó que se queden *in statu quo* y nadie las lleve al altar, ó que el que se decida á dar este paso, que no pasa, será ó un hombre de gran talento que se proponga corregir este defecto ó un filósofo *sui generis* que en nada lo tenga, ó un tonto de capirote que no lo conozca; pero algunas veces es comprensible y otras hasta adorable segun la edad de la soltera vanidosa y de su mayor ó menor grado de talento y fortuna, segun dicen. En quien no se comprende es en la mujer casada, en quien jamas se puede disculpar en la madre de familia. Una madre que abandona á sus hijos para ir á ostentar por sistema sus encantos en el palco de un teatro ó en el bullicio de un rigodon, nos parece algo mas que ridiculo, encontramos que no hay bondad ni ternura en aquel corazon, que prefiere los pueriles cuando no criminales triunfos que á los ojos de los hombres alcanza la belleza en un salon, á la hermosísima corona que á los ojos de Dios alcanza la madre virtuosa que vela el sueño de sus hijos. Pero nos satisface mucho confesar que no son por fortuna muy frecuentes estos casos. El hombre casado que tiene una mujer vanidosa, está espuesto á un constante peligro, del que solo se puede librar con mucho tacto, mucha observacion y muchísimo carácter. La mujer viuda-vanidosa nos parece que es un insulto continuado para el difunto que no puede reprender ni desengañarse. La viuda-vanidosa nos huele á cadáver y creemos encontrar en ella la ingratitud mezclada con la mala intencion. En los tres estados que acabamos de recorrer la vanidad juega como siempre un papel mas ó menos ridiculo, mas ó menos reprehensible, pero siempre desagradable; en cambio, en los tres dichos estados ¡qué resultados tan envidiables se recogen con la verdadera modestia guiada por un sano talento! La vanidad en general, escluye y agosta otros dulces y fecundos sentimientos con los que se conquista el aprecio de todos, dando elevacion á nuestras ideas y paz al corazon. La vanidad,

como nada crea, nada produce, á no ser censores que nos señalan con el dedo y sonrisas que se ocultan de nosotros. Nada hay mas temible que la adulacion porque nos puede hacer caer en la vanidad. Nada hay mas repugnante y odioso que un adulator de talento que insidiosamente se nos mete en casa. De la adulacion manejada por un buen talento hay que huir como de la serpiente boa ó cruzarla la cara de un latigazo si insiste mucho. ¡Cuántos males no se evitarían si fuéramos lo suficientemente modestos para rechazar esa sirena que se llama adulacion! Solo se puede evitar entrando en las sinuosidades del *nosce te ipsum*, porque de ese modo tendríamos el ánimo sereno y nunca hallarian cabida en nosotros la torpe adulacion ni la inútil vanidad.

JUAN RODRIGUEZ RUBI.

IMPRESIONES DE VIAJE.

VISITA A LA ESPOSICION PUBLICA DE PARIS.

IV.

Llegamos á hacer nuestra cuarta visita al Palacio de la Exposicion, debiendo comenzar nuestra expedicion del día por la SEXTA GALERIA. *Trabajos de las artes usuales*, las máquinas.

Para ver bien esta parte de la exposicion, es preciso recorrer sucesivamente las dos galerías, la mas aproximada del centro y en seguida la última que da espaldas á la galería exterior.

Tomando á la izquierda como siempre, partiendo de la grande entrada del puente de Jena, se encuentra uno en la sala de máquinas.

El ánimo se asombra, se sobrecoge al hallarse en presencia de tantas máquinas, todas funcionando á la vez y con un ruido espantoso y aterrador.

Imposible es mencionar siquiera las grandes y colosales máquinas en ejercicio, y esta galería es la mas ancha de todas las demás.

Nombraremos solamente algunas de las que mas impresion nos causaron.

Nos encontramos desde luego una máquina de vapor que levantaba á grande altura una inmensa cantidad de agua y la arrojaba desde su altísima elevacion en una abundante y ruidosa cascada continuando incesantemente su prodigiosa operacion.

Nos hallamos desde luego, despues, con una máquina de grabar de Mr. Gaiffe, reproduciendo por la electricidad grabados perfectamente concluidos de todas dimensiones.

Vimos lindísimos modelos, en reducida escala, de *fragatas acorazadas* de la marina imperial.

Contemplamos las reducciones de máquinas hechas por las fraguas y arsenales del Mediterráneo funcionando de la manera mas inteligente.

Nos detuvimos delante de una *pastillería* de Mr. Bangot, que hizo á nuestra vista pastillas y caramelos de todas clases, que en paquetitos de á dos reales se vendian á los espectadores.

Nos asombramos delante de la *sombrerería de fieltros*

de Mr. Thaas, donde en cincuenta minutos á la vista de uno se confeccionan sombreros desde el momento en que se corta el pelo del conejo, hasta que planchado y lustroso se entrega al consumidor. Es curiosísimo este procedimiento en que, por una combinacion de máquinas y sin tocar la mano del hombre, en tan corto tiempo queda terminado un elegante sombrero.

En la seccion de la Argelia, encontramos varios *árabes* haciendo tapones, y otros bordando en oro babuchas y zapatillas, que se compran allí mismo á seis pesetas el par.

En la parte de Prusia vimos el *cañon monstruo* de acero fundido y cuya carga es de un peso formidable: ese gigante de la artillería que tan brillante papel ha representado en la última campaña de Prusia con Austria, y en cuya anchaboca cabe muy bien el cuerpo de dos hombres robustos.

En la parte inglesa, vimos muchas máquinas para cardar é hilar las lanas.

Por último, nos llamó la atencion un encantador convoy de caminos de hierro, provisto de *aparatos para tomar y dejar las cartas y despachos del correo*, sin parar el tren.

Examinemos por fin la última galería dando la misma vuelta, partiendo siempre del puente de Jena y caminando sobre la izquierda.

Desde luego reparamos en el *Taller de hilados* de monsieur Schlumberger, en el que se ven todas las operaciones para constituir una hermosa tela de algodón, desde que una máquina toma los copos de algodón de las sacas en que viene empaquetado desde la India y América, hasta que queda completamente convertido en una tela.

Contemplamos tambien un gran número de *talleres ó telares á la Jacquart*, tejiendo á la vista de los espectadores alfombras, tapices, chales y piezas de lienzo.

Nos llamó la atencion una gran prensa para el grabado mas grande que se ha conocido hasta el día, representando el busto del emperador de los franceses en tamaño natural y publicado por Mr. Dumont, vendiéndose allí los ejemplares que se tiraban al precio de cinco francos, y que muchos compraban como un recuerdo de la exposicion.

Nos detuvimos tambien, porque es curiosísima, delante de una máquina para fabricar *pastillas de Vichy*.

Vimos tambien varias máquinas para *fabricar chocolate* por variados procedimientos, y en las que se fabricaban á la vista paquetes de pastillas que se vendian á real y dos reales.

Fijaban sobre todo la atencion y era grande la concurrencia alrededor del *ascensor* de Mr. Leon Edoux para subir pesos, subir paquetes y cargas á grande altura, y para subir tambien las personas desde el suelo hasta los techos del Palacio de la Exposicion, costando la subida y la bajada dos reales.

Es una especie de gabinete de hierro cuadrado, en donde pueden colocarse en los asientos que hay alrededor, veinte personas á la vez, y que sube lentamente hasta el techo.

Allí se ve á vista de pájaro á los piés de uno todo el Palacio de la Exposicion, todo el Parque con sus edificios, el Sena y el admirable panorama de París y su deliciosa campiña, abarcando la vista un horizonte de mas de cuatro leguas.

En medio del ruido de las máquinas de vapor, sobresalen los armónicos sonidos de un inmenso *órgano belga* de la sociedad *Merkli-Schulze*, que se oye todos los días á las tres y media de la tarde y que tocan alternativamente,

inscribiéndose y tomando turno para ello, los artistas mas eminentes.

Dicen que es el órgano mas grande que se ha fabricado en el mundo: lo que nosotros podemos asegurar es, que el sonido de sus trompas y flautas domina el ronco estruendo de las máquinas y los silbidos del piston.

Allí junto vimos una pequeña máquina muy notable, muy curiosa, de Mr. Barredé y Causade, que *graba por sí misma las piedras mas duras*. Nosotros mismos hemos visto hacer el grabado de un retrato de la emperatriz.

Nos dijeron que solo necesitaba unas veinte horas esta máquina para hacer un pequeño camafeo sobre onix, ágata, y seis horas sobre marfil, descubrimiento digno de atención.

Nosotros entusiasmados con esta máquina y como memoria de la Exposición, nos hicimos grabar sobre acero un timbre seco con la corona de conde y nuestro nombre en una cinta alrededor. Este timbre hecho sobre acero con la mayor delicadeza y primor, tardó solo seis horas en terminarse, pudiendo recogerlo el mismo día al concluir nuestro paseo por la Exposición y sin que nos hubiese costado mas que seis duros.

Es muy digno de reparar tambien una *fábrica de calzado de tornillos* de Mr. Dupuis, en que por medio de muchas máquinas diferentes y que se ven funcionar, se concluyen las botas y zapatos sin haber nada en ellos de hilo ni costura.

Reparamos en una imprenta de *Paul Dupont*, en donde se veia componer, imprimir y fundir las letras por máquina.

Nos causó verdadero encanto un *piano compositor* de Mr. *Decambre*, de Bruselas, por medio del cual todo el mundo puede componer rapidísimamente y en donde se ve poco á poco con grande asombro formarse la página entera.

Vimos en la parte de *Hungria* unos toneles inmensos para contener sus vinos.

Fijamos tambien nuestra atención en una gran máquina de Mr. *Doyton* para hacer ladrillos.

Por último, nos paramos delante de una *pirámide* altísima, imagen de la cantidad de oro estraido del estado de Victoria (Australia) desde 1851 á 1866, mas de tres millares de millones.

Nos volvimos á encontrar frente á frente del puente de Jena y llegamos á la SEPTIMA GALERIA. *Alimentos y bebidas*.

Salgamos del Palacio y demos la vuelta del paseo dirigiéndonos por el lado francés. Allí se encuentran fondas y restaurantes de todos precios. Aquello parece mas un campo de feria y un bazar cosmopolita, cubriendo enteramente la galeria exterior del Palacio.

Allí fondas, cervecerías, cafés italianos, españoles, rusos y escandinavos, donde el hambre, la sed, y mas todavía, una cierta inclinación que participa á la vez de gula y curiosidad, atrae incesantemente á la muchedumbre.

Allí para mejor atraer á los parroquianos han colocado en los mostradores, muchachas de un físico agradable, vestidas, ó mejor dicho, disfrazadas con pintorescos trajes mas ó menos en relacion con la procedencia de los géneros que allí se espended. Lo esencial es que el traje sea bonito, que atraiga las miradas y escite la curiosidad y esté en armonía con el color, los ojos y los cabellos de las espendedoras.

Ha habido una verdadera mania de exposiciones feme-

ninas y de disfraces á cual mas raros y pintorescos.

Vimos los restaurantes de la casa *Rouri*, donde se sirve en mesa redonda á las seis y media por 6 francos.

Entramos en la cervecería de *Guillermo Tell*, en la casa *Gouret* y en la *comida europea*, donde se desayuna por 3 francos y se come por 5.

En la *cervecería* de Strasburgo, vimos una media docena de lindísimas muchachas escanciando á los sedientos el néctar de los soberanos á dos reales el vaso. Estas señoras ó señoritas, porque no estoy muy enterado sobre su estado civil, llevan cada una un traje de diferentes colores. Esta amarillo y negro y es una morena, como habrán calculado nuestros lectores: aquella azul y blanco y es una rubia á no dudarlo: otra verde y encarnado y así sucesivamente. La forma es eminentemente de capricho. Únicamente todas llevan en medio del pecho á manera de placa un escudo de armas.

Pregunté á una persona, ordinariamente bien informada, que significaban aquellos adornos heráldicos, y me contestó, que aquellas señoras habian tenido la bondad de representar cerca de los consumidores del néctar de los soberanos, las principales potencias de Europa.

Dirigi interiormente mis sinceras felicitaciones á las grandes potencias de Europa al verlas tan bien representadas, y me gustó en extremo, por su garbo y desenvoltura, la que ostentaba el escudo de castillos y leones. En cuanto al néctar no cometi la temeridad de probarlo, primero porque no habia olvidado la historia de un cierto Tántalo que fué condenado á una tentación perpétua por haberse atrevido á saborear una copa del licor de los dioses, y despues porque soy muy poco aficionado á la cerveza.

Vimos el café suizo, donde se almuerza por tres francos y se come por cuatro.

Entramos en el *restaurant de Suecia y Noruega*, en donde se puede comer el *Reno* ahumado de la Laponia y en donde se halla en el mostrador la jóven mas bella y que mas ha llamado la atención en la Exposición, en donde en ninguna parte del mundo se ha presentado un surtido de mujeres tan lindas y con trajes mas caprichosos y pintorescos.

Esa *noruega*, de cabellos rubios como espigas, y color de azucena y rosa, de esbelto y gracioso talle, encerrado en un corpiño de azul celeste atacado sobre una camiseta blanca, llamó la atención por su espléndida cabellera y fué el objeto de una grande apuesta entre dos opulentos ingleses que se obstinaban, el uno que sus cabellos eran demasiado hermosos para ser verdaderos, y el otro sostenia que eran naturales, reales y verdaderos.—Un día consintió en desatar públicamente sus cabellos delante de aquellos dos señores, y la jóven noruega, mostrando su cabellera al incrédulo le hizo perder veinte mil francos (ochenta mil reales) que el afortunado vencedor de la apuesta, le rogó con la mayor galanteria los aceptase para sí.

Son muchas las muchachas de mostrador que han salido ricas de la exposición, y han ido á establecerse á otras naciones ventajosa y agradablemente.

Viene despues el *café ruso*, en donde se consumen bebidas y platos nacionales y en donde la bella *Eudoria* está detrás de su mostrador cual una reina, y en donde los parroquianos son servidos por mozos *moujiks* con blusas de seda azul, amarillas, rojas y verdes, sujetas con una cinta del mismo color á su cintura. Es uno de los restaurantes mas concurridos.